

# Dos imágenes de Javier

Carlos Cuartas Chacón\*

En la vasta iconografía de San Francisco Javier, que incluye dibujos y grabados, óleos y estatuas, se encuentran imágenes que dan cuenta, no sólo de sus rasgos y atuendos, sino también de los hechos de su vida. Tal es el caso de uno de los 79 grabados elaborados por Jean-Baptiste Barbé (1578-1649) para la obra *Vita beati patris Ignatii Loiolae*, publicada en Roma en 1609 con motivo de la beatificación del fundador y primer General de la Compañía de Jesús. Se ha creído que los dibujos son del pintor flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640). En este grabado se puede ver a un Javier cerca de la playa, de rodillas, postrado, empuñando su pluma sobre una hoja de papel. Detrás, sobre el suelo, están su alforja y su bordón, emblema del peregrino. Frente a él, una cruz atada al tronco de un árbol, se levanta y preside la escena frente al mar que se descubre en el fondo del paisaje. Llama la atención un ave pequeña, posada en un brazo del árbol que domina la escena, y que lleva en su pico una ramita, tal vez como alusión a la paloma que anunció el final del diluvio. El tema del grabado hace referencia a las cartas que hicieron famoso a ese incansable viajero y explorador, que se empeñó en llevar el Evangelio hasta los confines del mundo.


Pues bien, 107 cartas de San Francisco Javier hacen parte de los escritos javerianos que se lograron conservar. La última fue enviada desde Sanchón o Sanción, -isla de China frente al puerto de Cantón, también conocida como Shangchuan-, con fecha 13 de noviembre de 1552, pocos días antes de su muerte. A Ignacio de Loyola le había escrito el 9 de abril del mismo año, desde Goa, días antes de iniciar ese postrer viaje con la ilu-



sión de llegar a la corte del rey de China. Llama la atención que entre las cartas de Ignacio de Loyola a Javier, figura una escrita el 28 de junio de 1553, casi siete meses después de su muerte. En ella le pide que vuelva a Europa con el propósito de ayudarlo a estudiar nuevas medidas para impulsar la evangelización en esas tierras de misión que él había conocido.

Un tema diferente relacionado con Javier se puede apreciar en uno de los óleos del pintor santafereño Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos (1638-1711), alumno del Colegio de la Compañía en la capital del Nuevo Reino. En este cuadro pareciera que Javier, luego de detener su marcha, apoya su rodilla izquierda sobre un alto del suelo; y enseña sus manos, abiertas, en una posición que recuerda las de las imágenes de Buda; el brazo izquierdo recogido y la mano levantada; el derecho extendido y la mano apuntando hacia abajo. En Oriente, las tierras que recorrió Javier, las manos así dispuestas invitan, primero a esperar, a tener serenidad; y también, a disponerse a dar y recibir. Por supuesto, manos en similar

posición también aparecen en numerosas pinturas de Jesús, especialmente resucitado, exponiendo las heridas causadas por la crucifixión. Por otra parte, en esta pintura Javier aparece vistiendo sotana y esclavina, con un sombrero que se descuelga sobre su espalda; con el rosario que cae del cinto y el bordón que se apoya sobre su hombro izquierdo. En el piso, vemos un libro, el Evangelio, compañero de viaje y motivación esencial; al fondo se podría divisar, en la distancia, el mar.

En esta obra de Vásquez que se conserva en el Museo de Arte Colonial (1,53x1,04), nos encontramos frente al Javier caminante que hace un alto en su interminable andar y parece estar admirado frente al porvenir. La imagen nos recuerda al apóstol extraordinario, "el divino impaciente", -título de la obra de José Ma. Pemán (1933)-, que recorrió en doce años cerca de 100.000 kilómetros en una aventura que es catalogada como "patrimonio cultural de la humanidad" 

\*Decano del Medio Universitario de la Facultad de Ciencias Jurídicas